

LAS LUCHAS DE LOS DESFAVORECIDOS POR ASEGURAR EL SUSTENTO DE LAS FORMAS DE EXISTENCIA

Sesión 4: Contra el desarrollo y el progreso

Seminario doctorado 2016-1: Bases materiales para la superación del capitalismo

Las preguntas para esta sesión:

¿Cuál es la relación con los mitos de la modernidad (progreso, desarrollo,)?

¿Qué alternativas civilizatorias se esbozan como respuestas posibles al modelo capitalista?

¿Qué tipos de sujetos se piensan para los procesos de transformación?

1. Crítica cualitativa para pensar la cultura moderna

No bastan las denuncias empiristas o descriptivas, porque están entrampadas en las formas discursivas del orden explicativo de la modernidad capitalista. Antes que seguir pensando en esquemas binarios y formales es necesario un poner atención en el nivel cualitativo, para pensar de otra manera el impacto de la mercantilización de la vida por el capitalismo. La necesidad de superar las designaciones dominantes, además de obligarnos a pensar en su genealogía, nos obligan a criticar la función compensatoria que cumplen en los sectores intelectuales, el cinismo epistemológico y la autojustificación de posiciones privilegiadas en el reparto de la vida moderna. La atención en lo cualitativo nos permite reconocer las miserias del mundo de las que somos parte y de las que participamos como reproductores.

Esto no deja de lado la materialidad de la existencia, por el contrario, permite pensarla como una realidad compleja, que además de las formas sensibles presupone estructuras de significación. La cultura material de la vida tiene ese doble dimensión: objetual y simbólica, sin que una importe más que la otra, son interdeterminadas, la una presupone la existencia de la otra.

Así, por ejemplo, podemos pensar a los cercamientos como proceso de despojo que presupone tanto niveles materiales (como la exclusión de personas al acceso de recursos, producción de “excedentes” poblacionales, la sustitución de la diversidad biológica y cultural), como niveles cognitivos (un cercamiento de la imaginación y la creatividad cognitiva, propia de una cultura del desapego).

El análisis cualitativo permite pensar en la historia perdida, en la guerra que se establece contra los pasados que son presentes posibles. Regresar a la historia es regresar al reconocimiento de las diferencias concretas. Lo relevante de la diferencia histórica y la necesidad de la traducción cultural, reconocer las tenues y a veces silenciosas interconexiones de las formas humanas, provincias de existencia. La traducción entre culturas como desafío, no como un paso (semi)automático de formas simbólicas, presupone tensiones materiales y estructuras de significación en tensión. La traducción cultural como operación historizante del pensamiento y los quehaceres que supera la universalidad abstracta. Esta práctica se opone a las violencias epistémicas. Es un pensamiento de la diferencia concreta, no de la homogeneidad del Otro, como lo exterior o lo negativo de lo “universal”.

2. *La economía cualitativa*

La escala humana del hecho económico se pierde en el capitalismo, la capacidad de reconocer el tamaño de la existencia como un tamaño proporcional a las existencias no-humanas; la desmesura (la *hybris*) es la condición de una economía que no es de sustento. La desmesura tiene su efecto multiplicador en todas las escalas de la vida, no sólo en el estado de las mercancías, también en el mundo de las significaciones.

El “derecho natural” de las existencias a garantizarse los medios materiales para su sustento, su reproducción material y simbólica. Esto es imposible en una lógica mercantil de ganancia sin límites, en la falsa totalidad de la globalización de las transnacionales, que une al mundo no sólo por la explotación y la exclusión, también por la inoculación de la concepción del mundo organizada en torno a los principios de competencia, rendimiento y eficiencia. La aldea global es un parque humano, que reorganiza las existencias, las ordena, las exhibe, las doma y las encierra.

Para justificar el contenido simbólico de las promesas del progreso la modernidad capitalista genera pobreza artificial. El binomio rico-pobres (una sola forma de riqueza, la de la acumulación capitalista y muchas formas de pobreza, las diversas formas de encarnar la desposesión) es uno de los criterios de clasificación más sutiles y efectivos en el mundo moderno. La pobreza moderna no es cultural y relativa, es absoluta y produce existencias supervivientes. Para ello genera dependencia materiales y simbólicas, la vida ya no es posible al margen de las fronteras de la valorización del valor; los valores de uso se vuelven monstruosos, cuya realización es imposible, por eso se demandan más y más productos, para devorarlos consumistamente.

La diferencia es producida artificialmente, sobre la base de un modelo único de cultura material, donde las diferencias concretas, históricas, son una amenaza al modo unívoco de producción capitalista. La producción artificial de diferencias “desvía” riqueza material para atender sus “efectos colaterales” (obesidad, enfermedades degenerativas, “seguridad”, etc.).

El movimiento por la defensa de la vida no es un lujo de las clases medias con culpa o de los sectores intelectuales ilustrados, es la última batalla por defender las formas históricas de existencia. Justicia existencial: asegurar las condiciones materiales para que las diferentes formas de existencia se reproduzcan. Es necesario pensar a la cultura como resistencia, como forma de producción material y de significaciones, desde la que se puede defender una forma de existencia (cultivar críticamente una identidad). La defensa de las formas culturales, de los mundos de la vida, tiene como principio la cooperación recíproca. A la falsa universalidad, se le contrapone una universalidad concreta: la de los ciclos de la vida, humana y no-humana, que afectan, según sus escalas a las existencias de la Tierra.

La cultura como forma de resistencia tiene en la autosuficiencia un principio de equidad distributiva: no se desea más de lo que se puede producir. En el contexto contemporáneo presupone una refuncionalización de la tecnología, para descentrarla de su forma capitalista y ponerla a trabajar para

superar la escasez artificial. Usarla en una manera lúdica, festiva, que asegure la reproducción de las múltiples formas de existencia y no su destrucción o su supervivencia subordinada.

Regresar el destino de las existencias a las formas comunitarias. La justicia sobre el derecho natural del sustento de las existencias, operando bajo el principio de localización, de estado en situación de territorialidad. No hay códigos, leyes o manuales, sino creatividades compartidas y autoorganización colectiva. Es una operación que lucha contra la deslocalización. La localización no es aislamiento, sino el principio de un modo de articulación. En esta dinámica todas las existencias y sus quehaceres importan por su diferencia concreta, no por su falsa igualdad. El principio de las existencias es la dignidad, es lo que las hace iguales y por lo que la lucha es por defender la dignidad de las diferentes existencias, no sólo la humana.

3. Otra vez la comunidad

La cultura como expresión *comunal*, colectiva. Ir contra la idea de sociedad y regresar al principio comunal, un espacio de (re)encuentros y colectivizaciones recíprocas. Lo comunal como la única relación desde la que se puede cultivar críticamente una identidad; regida por las costumbres y las experiencias colectivas, en las que se manifiesta un sentido singular (histórico) de la vida. En la comunidad no hay unidad de base, como en la sociedad, donde el individuo o la familia se perciben como el fundamento; en la comunidad todos los actores, humanos y no-humanos tienen una importancia compartida, una organización más que horizontal (en el sentido de igualdad absoluta) de reciprocidad política (compromisos no contractuales, sino morales por asegurar la reproducción de todos los elementos que integran la comunidad, por asegurar el sustento colectivo). La comunidad se expresa en mundos de la vida (humana y no-humana). En la comunidad la tierra no es pasiva, no es un espacio baldío, es otra forma de existencia, la existencia por excelencia, que hace posibles las demás formas de ser y estar en el mundo.

A la tierra pensada como baldía le corresponde una existencia vacía, despojada de todo sentido, de toda historicidad. La guerra por el control de la tierra es una guerra por el control de la historicidad de las formas de existencia que se despliegan en la vida comunitaria. La construcción simbólica del espacio desierto es la condición para el acaparamiento, para el cercamiento multimodal y multiescala; junto al cercamiento se instala una soberanía de verticalidad, que establece criterios diferenciados, aunque articulados entre sí, para el control de las formas de existencia, para definir qué vive y qué muere (desde los códigos genéticos, hasta la vida en el cosmos inmediato); pasando, por supuesto, por el control y organización de las formas culturales de existencia: sus quehaceres, sus significaciones, sus conocimientos. Cuando el argumento del control racional no es suficiente, las razones de las armas se imponen para lograr los cercamientos. Estas son las relaciones de fuerza necesarias para convertir todas las formas de existencia en “productos de y para los mercados”.